

TRIDUO EUCARÍSTICO

Tercer día: La Preciosísima Sangre de Cristo, fuente de misericordia y esperanza

Con la venia de mi Señor Sacramentado

Hermano Mayor, Junta de gobierno y hermanos de la Seráfica y Franciscana Hermandad y Cofradía de Nazarenos de las Sagradas Cinco Llagas de Cristo, Nuestro Padre Jesús de la Vía-Crucis, María Santísima de la Esperanza y San Francisco de Asís. Queridos hermanos y hermanas todos en el Señor

Durante estos días hemos venido ante Jesús Sacramentado para contemplar el inmenso misterio de su amor. Hemos recordado la noche santa en que instituyó la Eucaristía y hemos meditado cómo quiso hacerse alimento para sostener a su pueblo en el camino de la vida. Esta noche la Iglesia nos invita a dirigir la mirada hacia otro aspecto de ese mismo misterio: la Preciosísima Sangre de Cristo.

Hablar de la Sangre de Cristo es hablar del precio de nuestra salvación. Es hablar del amor llevado hasta sus últimas consecuencias. Es hablar de un Dios que no se limitó a compadecerse de nuestras heridas desde lejos, sino que descendió hasta nuestra pobreza para levantarnos con el sacrificio de su propia vida.

Vivimos en una época en la que muchas veces se evita hablar del sacrificio, del sufrimiento o de la cruz. Sin embargo, cuando abrimos el Evangelio descubrimos que el amor verdadero siempre implica entrega. No existe amor auténtico sin donación. Una madre que vela junto a la cama de un hijo enfermo comprende esta verdad. Un padre que trabaja sacrificadamente para sostener a su familia la comprende también. Quien ama de verdad siempre está dispuesto a dar algo de sí mismo. Y cuando contemplamos a Jesucristo crucificado descubrimos la medida infinita del amor de Dios.

San Pedro escribió a los primeros cristianos unas palabras que siguen estremeciendo el corazón de la Iglesia: «Habéis sido rescatados no con oro ni plata, sino con la Sangre preciosa de Cristo». El apóstol quiere que comprendamos algo fundamental:

para Dios no somos un número ni una multitud anónima. Cada alma tiene un valor inmenso. Cada persona ha sido amada hasta el extremo. Cada uno de nosotros ha sido comprado al precio de la Sangre del Hijo de Dios.

A veces nos acostumbramos tanto a escuchar estas verdades que corremos el riesgo de perder el asombro. Pero imaginemos por un momento la escena del Calvario. El cielo se oscurece. La tierra tiembla. La multitud observa. Y en medio de aquella colina se alza la cruz de Cristo. Sus manos están atravesadas. Sus pies han sido clavados. Su cuerpo aparece desgarrado por los azotes. La Sangre corre por su rostro, por sus brazos y por el madero. Aquella Sangre no es simplemente la sangre de un hombre inocente. Es la Sangre del Hijo eterno de Dios hecha derramamiento de amor por la humanidad.

San Bernardo de Claraval decía que cada gota de la Sangre de Cristo grita más fuerte que todos los pecados del mundo. Nuestros pecados claman justicia, pero la Sangre del Redentor clama misericordia. Ésa es la gran esperanza del cristiano. Ninguna caída es más grande que la misericordia de Dios. Ninguna herida es más profunda que el amor que brota del Corazón de Cristo. Ninguna noche es tan oscura que no pueda ser iluminada por la luz de la Redención.

Quizá por eso los santos tuvieron una devoción tan intensa a la Preciosísima Sangre. No la contemplaban con tristeza, sino con gratitud. Veían en ella la prueba definitiva del amor divino. Santa Catalina de Siena hablaba continuamente de la Sangre de Cristo. En sus cartas y oraciones la llama «el baño de la misericordia», porque comprendió que allí el pecador encuentra el perdón y el cansado encuentra descanso. Ella repetía con frecuencia que el alma debe sumergirse en la Sangre del Cordero como quien se sumerge en un océano de amor.

Qué hermosa imagen para esta noche de adoración. Delante del Santísimo Sacramento podemos imaginar nuestra alma acercándose a esa fuente inagotable de gracia. Todos traemos heridas. Todos llevamos sobre los hombros el peso de nuestras limitaciones. Todos conocemos nuestras fragilidades mejor que

nadie. Y, sin embargo, Cristo no nos rechaza. No se cansa de nosotros. No se aparta de nuestra miseria. Al contrario, abre para nosotros la fuente de su misericordia.

La carta a los Hebreos afirma que Cristo entró en el santuario eterno con su propia Sangre, obteniéndonos una redención eterna. Es una afirmación de enorme belleza. En el Antiguo Testamento los sacerdotes ofrecían sacrificios continuamente porque ninguno de ellos podía salvar verdaderamente al hombre. Cristo, en cambio, ofrece un único sacrificio perfecto. Su Sangre derramada en la cruz basta para reconciliar al mundo con Dios.

Y aquí encontramos el vínculo profundo entre la cruz y la Eucaristía. Lo que ocurrió una vez en el Calvario permanece vivo y presente sacramentalmente sobre nuestros altares. Cada vez que participamos en la Santa Misa no asistimos simplemente al recuerdo de un acontecimiento lejano. Somos introducidos en el misterio de la entrega redentora de Cristo. El sacrificio es el mismo; el amor es el mismo; la Sangre derramada para la salvación del mundo es la misma.

Por eso la Iglesia contempla con tanta veneración el cáliz de la salvación. En él reconoce el signo de la Nueva Alianza. Durante siglos los santos han repetido las palabras del salmista: «¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación». El cristiano sabe que jamás podrá devolver a Dios todo lo que ha recibido. Sólo puede responder con amor agradecido.

San Alfonso María de Liguori meditaba frecuentemente sobre la Sangre de Cristo y se preguntaba cómo era posible que un Dios infinito hubiera amado tanto a criaturas tan pequeñas. Cuanto más contemplaba el misterio de la redención, más crecía en él la convicción de que el amor de Dios supera toda medida humana. Y quizá ésa sea también la gracia que debemos pedir esta noche: la capacidad de volver a maravillarnos. Porque la fe comienza muchas veces cuando el alma recupera el asombro.

Tal vez algunos de nosotros hemos llegado hoy con preocupaciones que nos acompañan desde hace tiempo. Quizá haya quienes cargan con el peso de errores pasados. Quizá otros estén atravesando sufrimientos familiares, enfermedades o incertidumbres que

parecen no tener solución. La contemplación de la Preciosísima Sangre nos recuerda que no estamos solos en nuestras luchas. Cristo ha entrado en el dolor humano para transformarlo desde dentro. Ha descendido hasta las profundidades de nuestra condición para abrirnos un camino de esperanza.

Cuando el soldado atravesó con la lanza el costado del Señor, brotaron sangre y agua. Los Padres de la Iglesia vieron en aquella escena el nacimiento sacramental de la Iglesia. Del costado abierto de Cristo nacen los sacramentos, nace la vida nueva, nace el pueblo redimido. Así como Eva fue formada del costado de Adán mientras éste dormía, la Iglesia nace del costado abierto de Cristo mientras duerme el sueño de la muerte sobre la cruz. De ese costado abierto seguimos viviendo hoy.

Por eso la Preciosísima Sangre no es solamente memoria del pasado. Es gracia presente. Es misericordia que continúa derramándose sobre el mundo. Es una fuente que nunca se agota. Cada confesión sincera, cada conversión auténtica, cada regreso a Dios encuentra allí su origen. Todo nace de la cruz. Todo nace del amor redentor de Cristo.

Y mientras adoramos al Señor presente en el Sacramento del altar, contemplemos también a María al pie de la cruz. Ella permaneció firme cuando muchos huyeron. Escuchó los últimos latidos del Corazón de su Hijo. Vio derramarse aquella Sangre que había comenzado a formarse en sus propias entrañas virginales. Nadie comprendió mejor que ella el precio de nuestra redención. Nadie unió su corazón al sacrificio de Cristo con una entrega tan perfecta.

Pidámosle esta noche que nos enseñe a valorar el amor con que hemos sido salvados. Que nos enseñe a acercarnos a la misericordia sin miedo. Que nos enseñe a confiar cuando nuestras fuerzas son pequeñas y nuestras heridas parecen demasiado grandes. Y que, contemplando la Sangre preciosa derramada por nosotros, aprendamos a vivir con un corazón agradecido, humilde y lleno de esperanza.

Dentro de unos momentos continuaremos nuestra adoración en silencio. Dejemos entonces que sea el propio Cristo quien hable al corazón. Miremos al Señor presente en la custodia y recordemos

que hemos sido amados hasta el extremo. Que nuestra salvación ha costado el precio infinito de su Sangre. Y que, mientras exista una gota de esa misericordia derramada por nosotros —y su valor es eterno— jamás tendremos motivo para desesperar.

Amén.